

al inspector de policía Desbrugieres, á que vendiera los manuscritos del preso á los editores de Paris.

Pero si Mirabeau habia adquirido la proteccion de Lenoir, no por eso estaba ménos sometido á todas las pequeñas tiranías, á las vejaciones sin número, incessantes, intolerables, del implacable gobernador Rougemont, y nada lo prueba mejor que la carta que escribia á ese espantoso carcelero, á propósito de un espejo que hacia un año que le pedía sin haberlo podido obtener.

—Esa no es la regla,—respondia Rougemont, siempre que Mirabeau le recordaba su peticion.

—Pero,—le dijo un dia Mirabeau,—puesto que vos habeis hecho esa regla, nada os impide modificarla.

—Mi deber es conservarla. Y ademas, veré.

Veré, es la regla, ó no es la regla, eran frases con que ese hombre espantoso, henchido de orgullo y de disparates, respondia á esos reclamos.

Un dia, que por la milésima vez acababa de dar esa respuesta á Mirabeau, el ilustre escritor, no queriendo insistir de viva voz, de miedo de no permanecer bastante dueño de sí mismo, le escribió la carta de que hablamos hace un momento, cuyo pasage general es este:

“Esta regla de la exclusion de los espejos, aun cuando fuese dada por los superiores de la casa, seria una falsa desconfianza, y creo seguro de hacerla retirar cuando les diga:

—“Es una cosa física creer que un espejo me sirva para un uso peligroso; estoy obligado á peinarme al tacto, y descuidar enteramente mis dientes.

“Hace tiempo que necesito un emplasto, precisamente en un rincon de la boca.

“Seria necesario que me lo pusiera yo de la manera que mas disgusto me causara: mi vista no podria guiar mi mano.

“Se sirven de la letra de vuestras órdenes para atormentarme, en vez de cumplir con su espíritu.

“Las peticiones mas sencillas, las mas inocentes, son desechadas con estas palabras:

—“*No es la regla.*”

“Las prescripciones mas tiránicas están consagradas con esta frase:

—“*Esta es la regla.*”

“Estas dos fórmulas que constituyen la jurisprudencia de esta casa, son un caballo de batalla que nos patea y nos lastima.

“Cuando les escriba esto, á lo que sabeis muy bien que pueden añadir cosas infinitas, estoy persuadido de que me darán un espejo.

“Grande importancia, indecible gracia, en efecto!

“Os ruego, señor, que os decidais; porque *veré* no es un término, y es la frase mas dulce que he oido de vuestros lábios.

“Eso podria molestarme otros diez meses.

“No hace ménos que pedí el espejo, y hasta hoy tuve mi respuesta.

“Hace tres meses que he pedido que me corten los cabellos que ya me caen hasta la boca.

“Y me habeis respondido:

—“*Veré.*”

“Y pasaron cuatro meses para que *viereis*.

“Permitidme deciros que no se necesita mas que un instante para que veais si podeis ó no darme un espejo.

“Si esta concesion se escude de vuestro poder, la solicitaré del señor Lenoir, por mas que me repugne hablarle de semejantes futelezas.

“Si está en vuestro poder, ecsijo vuestra justicia.

“Creeis que un asunto tan grave ecsija mucha meditacion?

“No, no lo creeis: así es que me habeis dicho *veré*, para ganar tiempo.

“Qué, no somos bastante desgraciados, sin que se burlen de nuestros inocentes deseos, de nuestras mas urgentes y sencillas necesidades?

“Conozco, señor, que en vuestra posicion se contrae la costumbre de decir *no*; pero un hombre de buen sentido debe reflexionar sobre esos *no*, sobre todo, cuando se dirige á uno que no es ni turbulento, ni indiscreto, ni importuno, ni estúpido, ni impertinente.

“En una palabra, señor, esta cuestion del espejo que dar ó que rehusar, y que os he espuesto con alguna estension, á fin de que nos entendamos una vez, si es posible, se reduce á esto:

“¿Podeis, ó no podeis? Si podeis, por qué rehusais?

“No he merecido vuestro mal humor (y es poco generoso desfogarlo cuando uno es el mas fuerte), y tengo derecho á vuestra equidad.”

No se necesitaba mas para espantar á ese *miserable Rougemontagne*, como le llamaba Le Prévost de Beaumont, y envió inmediatamente el espejo que hacia diez meses que le pedian.

Sin embargo, á pesar de la proteccion del teniente general de policía Lenoir, á pesar de la mucho mas poderosa de la princesa de Lamballe, la detencion de Mirabeau se prolongaba.

No pudiendo obtener respuesta de los ministros á quienes habia escrito muchas veces, dirigió al rey la siguiente carta:

“Sire:

“Imploro la clemencia de V. M., porque me reprocho algunas faltas: reclamo la justicia de V. M., porque no he cometido crímenes, y porque es espantoso castigar como hechos atroces, los errores de juventud.

“Esto es hacer á los hombres indiferentes al crimen y á la virtud, y hacerles desear la muerte como el único remedio de sus males; porque, quién querria soportar los golpes y las injurias de la suerte, la opresion del tirano, los desdenes del orgulloso, los ultrages de un enemigo, las agonías de las mas crueles inque-

tudes, y las demoras y los daños de justicia, cuando en un momento puede liberarse de esas cargas intolerables?

“Dignese V. M. salvarme de mis perseguidores, quienes me han hecho mucho mal para no aborrecerme, y á quienes mi pérdida seria muy útil para que dejen de trabajar en consumarla.

“Dirija V. M. una mirada favorable á un hombre de edad de veintiocho años, lleno de celo y de emulacion, quien, sepultado vivo en una tumba, ve llegar á pasos lentos la estupidez, la desesperacion y acaso la demencia, en medio de sus mas bellos años.

“*A menudo se dice que la pérdida de un hombre no es nada para un poderoso monarca; ah! Sire, esa mácsima funesta, y tan falsa como bárbara, no se hizo para el corazon honrado y generoso de V. M.*

“Ojalá no consulteis mas que con él, para decidir de mi suerte!”

Luis XV recibió esta carta tan conmovedora, tan respetuosa, en que se manifestaban sentimientos tan elevados; la leyó, la estrujó negligentemente y no respondió!...

Entonces, aun cuando no habia conocido la desgracia; entonces no sabia por experiencia lo que son los tormentos de la cautividad: las puertas del Temple no se habian cerrado tras él!...

Mirabeau no pudiendo ya disimularse que su padre era su mas implacable enemigo, quiso intentar aún conmover á ese padre desnaturalizado.

En las diversas prisiones en que le habian encerrado, habia contraido muchas enfermedades graves, y entre otras, un mal de ojos que le amenazaba con una completa ceguera.

Esperó que el cuadro de sus sufrimientos enterneceria á aquel hombre sin entrañas, y desde Vincennes le escribió la siguiente carta:

“ Padre mio:

“Mis ojos están seriamente atacados, y segun la opinion de un hábil oculista, apénas me queda una esperanza, que la cesacion del trabajo que ecsige la soledad, las distracciones causadas por la vista de algunos seres humanos, y el ejercicio que me permitiera una vida ménos estrecha, retardarian la ceguera, de la que no puedo escapar.

“ Os ahorraré las refleciones y los detalles de los otros males que me roen; pero consultad con vos mismo, padre mio; vuestro hijo enfermo, agobiado, amenazado con una absoluta ceguera, es quien os implora por la última vez.

“ Qué direis? Que he ganado á un oculista, que he visto diez minutos en mi vida? Que he seducido al comandante, quien hace diez y ocho meses que elogia mi conducta? Que engaño á todo el mundo escepto á vos solo en el universo? Que soy un hipócrita, un malvado, un monstruo que no merece ni que se le deje la eleccion del suplicio?

“ Pues bien, padre mio, espero todos esos discursos; han sido pronunciados, escritos, impresos mil veces.

“Hoy es mas fácil repetirlos, porque en otro tiempo podia y ahora no puedo responder á ellos....

“ Los espero, digo, y he tomado mi partido.

“ Oh Dios vengador! Si ecsistís, no castigéis al opresor cuya alma bárbara he intentado ablandar.

“ Conmovedle, tocad su corazon en favor de su hijo; que este no sufra las mismas pruebas que su desgraciado padre; le harian sucumbir; salvadle de tanta crueldad!

“ No tengo nada que pedir para mí, mas que una muerte pronta y el perdon de mis faltas; pero que vuestra miséricordia abrigue á mi padre lo mismo que á mí.

“MIRABEAU, hijo.”

Con todo, en medio de esos sufrimientos, le quedaba un consuelo á Mirabeau. Podia escribir á su Sofia, y recibir las respuestas de esa muger á quien amaba tanto.

Es verdad que todas sus cartas pasaban por la vista de Lenoir; pero los amantes no se preocupaban por eso, y no escribian mas que para ellos.

Hé aquí algunos extractos de las cartas de Mirabeau, fechadas en Vincennes, que pueden dar una idea de la ecsaltacion de esa grande alma:

“ Aun vivo en la incertidumbre, en medio de la luz de la esperanza y de los temores mas desgarradores.

“ Ah! estoy muy fatigado, y nunca fuí tan débil ni estuve tan desanimado.

“ Hace días que pierdo la salud.

“ He perdido nuevamente el sueño, que á decir verdad, nunca he gozado enteramente.

“ Estoy enfermo del pecho, y sobre todo tengo dolores de cabeza intolerables.

“Mi ojo comienza á hincharse otra vez; en una palabra, todo concurre á contrariarme; pero en verdad que el desarreglo de mi salud es una débil diversion de mis males.

“ Ay! Si estuviera yo seguro de tu correspondencia, de saber de tí, de tu amor, no me inquietaria por nada de lo demas.

“ Si eso no puede ser, ¿què hago en el mundo?

“ La naturaleza me ha condenado á muerte: ningun poder de la tierra puede anular esa sustancia, ni suspender algunos instantes su ejecucion.

“ Nunca será bastante pronta segun mis deseos, ni aun debo estar todavía mucho tiempo en el estado de perplegidad en que me encuentro.

“ Puedo olvidarme de la tiranía, del dolor, dar fin à espantosos lamentos.

“ No tengo ya mas que un asilo, que el despotismo que me hiere no me puede cerrar, y del cual no podrá arrancarme.

“ Por qué no me he de refugiar en él?

“ Quiero creer que tu amor no ha de cambiar jamas; que siempre me eres fiel cuando todos me abandonan; y esto, no es un tormento mas, porque no puedo decírmelo?

“ Se ha aligerado mi cadena porque tú arrastras una tan pesada como la mia.

“ Ninguna consideracion podria hacerme separar de ese sentimiento delicioso, si pudiera yo recibir la seguridad de que es cierto.

“ Pero ¡ay! Vivir aun amado de Sofia, pero sin conservar ninguna relacion con ella, sin tener la menor certidumbre de su existencia, es un suplicio superior á mis fuerzas, y me hará sucumbir si tu no me salvas.

“ Agitado por mil ideas contrarias, ya escucho en silencio esa voz que me habla, que me llama, me grita:

“ — *Está perdida para tí, esta es tu última habitacion, ya no volverás á verla.*”

“ Y estoy pronto á suicidarme!

“ Ya el amor, por una ilusion tan deliciosa, pero mentirosa, me distrae, me entenece, me consuela, me persuade á esperar.

“ Cedo á estas dulces inspiraciones, pero por pocos instantes, y pasando del desaliento á la confianza, y de la esperanza al temor.”

Algun tiempo despues, habiendo Sofia dado á luz una niña, le escribia Mirabeau:

“ Mi querida, mi única amiga, he bañado tu billete con mis lágrimas, lo he cubierto de besos! . . .

“ Oh amiga mia! Mi Sofia! Qué peso me has quitado de mi corazon! Pero cuán grande es el que aun queda en él, ay de mí!

“ No me dices nada de tí, de tu salud; tu carta, lo veo, ha sido escrita en medio de tus dolores; no has añadido mas que una palabra, una sola palabra despues del acontecimiento.

“ Qué temblorosa está esa palabra!

“ Cuánto han desgarrado mi corazon esos débiles caracteres!

“ Divina, divina atencion! Eres tú, siempre tú, siempre tu alma!

“ Cómo estás? Dímelo, mi Sofia!

“ Cómo quieres que me contenga, ay de mí! Mi corazon está triste, y aun sale de un estado mas convulsivo.

“ No te inquieten ni el desórden de esta carta ni la alteracion de mi letra; esto no es mas que la turbacion que me ha causado la noticia, la emocion demasiado justa y demasiado fuerte que me has hecho sentir.

“ No me doy tiempo para serenarme, porque por culpa mia, el placer que te causará la vista de esta carta

“ Querida, adorada Sofia! Ya eres madre, ay! y no te quitarán á tu hijo!

“ Ojalá y pueda endulzar tus males y tus dolores!

“ Digo: no te quitarán á tu hijo! Demasiado sé que es mio.

“ Nunca abjurará tu amigo un título tan dulce . . . Cruel Sofia, no te reproches *mis desgracias!* Gran Dios! No soy yo quien he causado las tuyas, y crees que otra cosa puede ocupar mi ánimo?

“ Pero, cálmate, yo te lo ruego, ventura mia! Piensa que tú eres la mitad de mí mismo, y que atentarás contra mi vida no cuidando de la tuya . . .

“ Necesitas tranquilidad de espíritu, mi Sofia; yo te suplico que tengas cuidado de tí, que te conserves para tiempos mas felices . . .

“ Cuánto consuelo tendria si tuviera la seguridad de que has de recibir mi carta! Si te es permitido asegurarme de ello, dime tu estado, dime como estás, y sobre todo, no me engañes . . .

“ Ah! no me engañes, pero no me escribas sino cuando puedas hacerlo sin peligro, sin incomodidad.

“ Mi corazon sufre, pero tengo fuerzas aún, y tú ya no las tienes; no te apresures á escribirme, aun cuando deba sufrir mucho mas tiempo.

“ Dices que mi hija se me parece.

“ La has hecho un triste presente; pero que tenga tu alma, y entonces será rica, y la naturaleza habrá compensado bien las desventajas de su nacimiento.

“ Ay! Acaso será demasiado sensible; pero por muchos males que haga la sensibilidad, hace muchos mas bienes, yo te lo juro por tí misma.

“ No quiero escribir mas, no quiero, no puedo; temo mi corazon, temo mi cabeza, temo tu estado.

“ Amiga mia, mi Sofia, te pido de rodillas, ecsijo de tí, te conjuro à nombre de tu hija, de su padre, de todos tus juramentos, de toda la ternura que me manifiestas cuando te atreves á manifestármela, que te cuides, que no dejes de hacer nada para el pronto restablecimiento de tu salud, de tus fuerzas, de aplicarte á tí misma una parte de esa noble y admirable firmeza que constituye tu carácter.

“ Adios, adios, vida mia.”

Pero no solo era à su padre, al rey, à los ministros y à su querida, à quienes escribia Mirabeau.

Hacia obras mas ó ménos literarias, y no se concretaba à las que el inspector Desbruguières tenia el permiso de vender à los librerros; escribia al mismo tiempo, gracias à los pedazos de papel que lograba sustraer al inquisidor Rougemont, una obra que algun dia debia hacer un gran ruido, y contribuir poderosamente à la abolicion de los abusos espantosos de que era víctima.

En esa prision, en medio de privaciones y de padecimientos de toda clase, escribió las *Ordenes de prision*, cuyas páginas escondia en sus vestidos à medida que las escribia; porque ciertamente que Lenoir no hubiese consentido en

que salieran á luz esas páginas inmortales; y nada hubiese ahorrado para destruirlas, si hubiera podido sospechar su existencia, porque contenian el anatema mas terrible que se ha fulminado contra el monstruoso despotismo de que Lenoir era uno de los agentes principales.

Júzguese del efecto que hubieran producido entónces, y que produjeron mas tarde en todos los tiranos de alta y baja gerarquía, estos reproches tan elocuentemente infligidos:

“Los gefes de administracion, y necesariamente sus comisionados; los intendentes, y por consecuencia sus subdelegados; los comandantes de provincia y sus subordinados; el teniente de policía, que no puede estar instruido mas que por espías y por delatores, es decir, por testigos despreciables y sospechosos; los grandes, que con serlo tienen ya tanta ventaja sobre los pequeños; los que sirven á sus pasiones, es decir, los seres mas viles; los ricos que tienen á su disposicion al corruptor universal; los obispos odiosos é intolerantes, puesto que son clérigos; los cuerpos intrigantes que han hecho tantos esfuerzos para sustraerse á la jurisdiccion de los magistrados, y que conservan cuidadosamente las últimas chispas del fanatismo; todos, en fin, los que tienen algun crédito, y que quieren ser ridículos ó injustos, esos viciosos impunes, beben en el inagotable manantial de órdenes de prision.

“Aquí, un ministro implacable venga un rango cáustico, un epigrama, una cancion; castiga una indiscrecion, un discurso, sobre el que es fácil fundar una calumnia, acaso un aviso importante que ha descubierto sus faltas; se deshace de un rival á quien teme, sacrifica á un cómplice á quien ya no necesita y puede serle peligroso, porque tal es la pena ó el premio de ciertos servicios!

“Allí una muger intrigante invoca á la autoridad para que sirva á sus pasiones, á sus odios, á sus amores.

“Mas léjos, un publicano de manos destructoras sustrae á todos los ojos, á un desgraciado á quien no podria convencer de fraude; pero de quien sospecha, ó al defensor mas celoso de aquellos á quienes oprime; cuando no puede hacer ahorcar por jueces á su costa, ahoga con órdenes arbitrarias que compra.

“Veis á ese ávido heredero, á ese tutor avaro, á ese deudor poderoso, que cargan de crímenes á sus desgraciados pupilos, á sus rivales incómodos, á sus deudores importunos?

“Una orden de prision los libra de ellos.

“Su ingeniosa codicia sabrá interesar á los ministros, á sus comensales, á sus favoritas; porque los visires y los semi-visires, y sus sultanas, aman tambien el oro.

“Y ese padre á quien los filtros de amor y los venenos de los zelos han embriagado, se hace parte contra su hijo: una vil cortesana lo extravía, es preciso vengarla, es preciso saciar sus antojos y disipar sus rencores.

—“Mi ingrato hijo osa querer á su madre; osa compadecerla y gemir por su suertel! Ah! esto es demasiado; se ha llenado la medida; que vaya á un calabozo

zo á aprender á respetar lo que yo amo, y no dirigirá una mirada temeraria sobre mi vida y sobre mi conducta. Si hasta ahora ha guardado silencio, sus miradas me acusan, ya puedo sostenerlas; si hago desaparecer unos bienes que antepasados imbéciles le han legado, á nadie seré responsable; me arruinaré sin que haya quien me contradiga; soy padre, no para proteger, sino para castigar.”

“Y ese hombre asedia al ministro, le espone sus *angustias paternas*; las faltas de la juventud son crímenes; los excesos de la sensibilidad, el fuego de las pasiones, ese creador de las grandes cosas, son otros tantos presagios funestos.

“Cómo sospechar que un padre es tan pérfido y cruel?

“El ministro firma: no ha ecsaminado nada; ¿pero puede engañarle un padre?

“Oh! sin duda que no.

“El desgraciado jóven es cargado de cadenas y sepultado vivo en una tumba!

“Tal vez esto le costará la vida, ó lo que es mas cruel, la razon.

“Estrujado por el dolor, todo se embota en él, el espíritu y los sentidos....

“Ve que llegan á pasos lentos, la estupidez, la desesperacion, acaso la demencia....

“Porque una desgracia extrema, continua, sin compensacion, sin tregua, puede romper el alma mas fuerte.

“Entónces su tirano se veria en el colmo de sus deseos; entónces usurpando en paz todos sus bienes, la precipitaria en una casa de fuerza, donde por una módica retribucion, ese hijo aborrecido estaria encadenado, golpeado y alimentado como una bestia feroz!....

“Se tiene tiempo para ello....

“No se necesita mas que firmar esas órdenes que quitan tantos súbditos al estado: con esta complacencia se adquieren amigos; pero ecsaminar, discutir, contradecir, confrontar, leer las memorias de un hombre de quien no se espera nada, que no está presente, al cual no está uno obligado á escuchar, puesto que no le ve; que debe no tener razon, puesto que es el mas débil; pesar sus razones, pesar las objeciones y las réplicas, hermoso medio!....

“Las intrigas, la corte, los negocios, los placeres.... no se puede, no se tiene tiempo de hacerlo todo....

“Y ademas, ese no es mas que un hombre.... no son mas que unos hombres.

“Insensato!.... llamarles hombres!.... Esclavos! lo son?

“Inocentes ó culpables, que perezcan; el visir lo quiere, y basta con eso!

“Eh!.... Puede uno esperar otra sentencia de los ministros erigidos en jueces?

“Un magistrado sensible á sus deberes, á la sola humanidad, no puede, en la soledad de un gabinete, sin temblar de horror y de piedad, clavar los ojos en esos papeles, monumentos desgraciados del crimen ó de la inocencia.

“Le parece oír voces gemidoras que salen de esos fatales escritos, y que le ec-sigen que decida de la suerte de un ciudadano, de un esposo, de un padre de familia.